

SALIR DE CASA

SALIR DE CASA

IRENE CREO

Durii

¿Cuánto has tenido que luchar
para grabarte en la piel que te quieres?

A Sandra, por maravillarme cada mañana
con su presencia y sonrisa, cada vez
que me tiro el café por encima.

Por Catú y por la memoria de los
abrazos que ya no damos.

A las escritoras peligrosas, por su escritura y su poder.

A las mujeres de mi vida, os quiero.

Y a mí misma, porque nada es posible sin el amor.

El lenguaje del abandono,
del amor,
del tránsito,
de la pérdida,
es silencioso,
como las raíces de un árbol.
El día que te das cuenta de que lo utilizas,
arrasan una calle entera.
En cambio,
el lenguaje de los nuevos comienzos es oleaje,
restos de huracán.
A veces la mar,
arrastra las ramas de los árboles.

Escribir un prólogo siempre es una responsabilidad y un honor. Responsabilidad, porque quieres hacer justicia a la obra, que llame la atención de la gente sobre lo que está a punto de leer. Honor, porque la ilusión de ser elegida como la autora de ese preludio lo convierte en una tarea llena de ternura y cariño. También porque esta humilde obertura es a su vez el cierre de un círculo que se abrió en septiembre de 2019, cuando una tímida Irene se acercó a la mesa donde firmaba ejemplares de mi primera novela y me entregó el suyo con el nerviosismo emocionado de quien realiza ese gesto por primera vez. Y así fue, como ella me contó después, que mi novela había sido la primera novela sáfica que ella leía y que le dedicaban y ahora, cinco años después, tenéis la que es su ópera prima y que con suerte también ella podrá dedicaros cara a cara, bolígrafo en mano, y sonrisa en la boca.

Porque esta obra, al igual que aquel encuentro casual, va de primeras veces, de primeros pasos, de primeros miedos, de primeras ilusiones y primeras pérdidas. De los primeros abismos que se miran y se atraviesan; de primeros amores, propios y ajenos; de primeras reflexiones sobre lo que muchas de nosotras, como mujeres lesbianas, hemos tenido que pasar en un mundo que aún nos desconoce. Todas hemos vivido esas primeras veces, pero cada una la ha experimentado a su ritmo, a su manera y en la medida de sus posibilidades. En esta serie de poemas y textos encontraréis el camino y el corazón de Irene. Una Irene pequeña, una Irene grande y que no existe la una sin la otra.

«*Salir de casa*» es ese recorrido que se hace por las habitaciones de una casa vacía en la que se ha vivido y se vuelve a visitar, donde el eco de los recuerdos te devuelve una identidad. «*Salir de casa*» consiste en eso, en irse para saber quién eres, para descubrir que el hogar puede estar en más sitios, para quizá volver en un futuro, cuando ya las piezas hayan encajado donde debían hacerlo. Consiste en dejar atrás lo que nos ata y no nos deja florecer en un mundo donde, precisamente, son nuestras flores las que embellecen un paisaje con demasiadas tonalidades grisáceas. «*Salir de casa*» es ese paso que se da a pesar de tener miedo y para no seguir teniendo miedo: mudarse, enamorarse, descubrirse.

Tenéis entre las manos un trocito de una autora que está dando esos pasos a través de este poemario; tenéis ese camino de ida y ese camino de vuelta plasmado en versos. Tenéis una parte de esa generosidad con la que Irene ha querido compartir su vivencia, en el idioma con el que ella tanto consigue expresar: el de la poesía. Espero que, como yo, os adentréis en este pequeño viaje personal con el mismo cariño con el que ella nos invita a hacerlo.

FANI ÁLVAREZ

I

ENTRAR EN CASA

Normas ~~de la clase~~ de la vida

Acuérdate de llegar temprano a la parada del autobús.
Busca un grifo, llena el globo y arrójalo
sobre su cabeza recién lavada.
Corre antes de tirar el avión de papel, irá más lejos.
Deja de ser una cría.
Escoge una bola o dos para el cucurucho.
Fíjate en como lo hace tu hermano.
Grábate esto en la cabeza: «*NO VAS A LA FIESTA*».
Huye de las niñas malas.
Imagínate que tu amiga se quiere tirar
por un puente, ¿vas tu detrás?
Júntate con las niñas buenas.
Lee más.
Usa menos la Gameboy.
Mírame cuando te hablo.
No comas tantos helados.
Ordena tu habitación.
Pide permiso, pide por favor.
Que no chilles tanto.
Respeta lo que se te dice.
Shhhhh. Calla un poco.
Tienes que ponerte ese vestido.
Una vez abierto hay que comerlo.

¿Vas a venir aquí o tengo que traerte yo?

El estanque

Hola, me llamo Irene y me gustaría tener un estanque en el jardín de mis abuelos. Me gustaría que nadasen peces porque me gusta mucho Nemo. Al tener amigos peces podría contarles lo que me pasa en casa y en el cole.

Me haría ilusión pasearlos, pero resulta que no respiran como nosotros, y claro, se pondrían enfermos.

Quiero uno rosa y ponerle el nombre de Paz, mi nombre significa eso, me lo dijo mi madre. Me gustan mucho los estanques. En frente de mi casa hay varios, una vez me caí dentro, todos se rieron, pero yo sonreí. Está lleno de agua y peces, dijeron que había una rata y me dio asco, pero no me pegó nada como dijo Antón.

El estanque nunca está vacío. Lo dice mi padre. El estanque está lleno o casi lleno. Me gusta mirarlo porque me acuerdo de todas las veces que vengo y también de cuando me caí y me mojé el pantalón o de cuándo vamos de picnic con las mamás del cole. Me acuerdo de todo.

Si me olvidara del estanque creo que sería porque ya no me gusta o porque encuentro otro estanque que me gusta más. Este año le pedí a los Reyes Magos que me trajesen un estanque para Fornelos, donde tenemos una casa con jardín. También me acordé del estanque estas vacaciones. Fuimos a unas lagunas, pero las lagunas no me gustan. Mi abuela dice que las tiene y por eso toma pastillas a la hora de comer.

Yo no quiero olvidar nada.

Por eso no me gustan las lagunas.

Y por eso me gustan los estanques.

Fin.

El helado

Fresa. Chocolate. Vainilla.
Acurrucados en cartón
en un lugar frío.
El ritual del helado,
de trocear,
sin preguntar cantidad,
sin medida,
como mi abuela quería,
o eso creía yo,
posado en un plato verde botella,
a juego con las tazas del café.
No tenía que ser verano,
eso era lo mejor.
Para completar el ritual,
hay que comer a hurtadillas,
lamiendo el plato.
El ritual del helado pone a prueba a una madre
porque el plato no se lame,
es algo de mala educación.
Mi abuela siempre me dejaba lamerlo en la cocina
los tres sabores más prohibidos del mundo,
en formato lametón.

Hacer las paces

Cuando era pequeña me obligaban a sacar la bandera blanca cuando no quería con quien no quería donde no quería, quizás quería sacar la pirata o la del orgullo, pero no la blanca.

Había que prepararla cuando un chico te llamaba tonta. La importancia del perdón era el sermón favorito de Don Paco.

Así se justifica gustarle a alguien en el patio del cole. Si te molesta es que le gustas y quiere llamar tu atención. También, querría llamar la de mi madre, que vino a buscarme un día porque de tirarme tantas piedras acabó acertando y me hizo varias heridas.

Un chico de mi clase veía como su padre día sí y día también llamaba fea a su madre, ballena, inútil, gorda y otras muchas cosas, qué poder tiene el decirle a alguien algo que no es y poner en el cubo de los insultos cosas que no son un insulto.

Las palabras son como el carbón a la hoguera, siempre mantendrán el fuego.

Pero cualquier día te impedirán desde comerte un croissant de mantequilla hasta ir sola al cine e incluso verte desnuda en el espejo.

Aquel chico aprendió como se aprende ornitología. Por imitación de su padre, a sacar del cajón una bandera negra y rota por los laterales.

La madre tenía la obligación de llevar la suya impoluta, limpia, planchada cada vez que iba a comisaría a denunciar, cualquier tipo de arruga o mancha podría dar la sensación de que el blanco no se mantenía. Si no eres

capaz de hacer eso, ¿cómo vas a ser capaz de cualquier cosa? Solo eres una mujer.

Detrás del despacho siempre había tres banderas planchadas y un retrato. Las mismas que hay en el despacho de un director de colegio. Ninguna era blanca. Las sujetaban tres peanas doradas, inmóviles y brillantes. Como el hacer justicia.

Nunca conocí a su padre, pero si entendí desde muy pequeña que el concepto de hacer las paces no era el mismo que el mío.

Tampoco el cuidado de las banderas.

Cuando sea mayor será diferente.[1]

1 Fui mayor, y el concepto de hacer las paces sigue dependiendo de ser hombre o mujer.

Dos niñas

Entré a un supermercado a pedir cartón
Pedí cartón para mi amiga y para mí.

Usamos colores,
salimos por las calles de Vigo con 8 años
a pintar banderas
para pedir a señores de traje que gobiernan países:

NON A GUERRA

Si, Señores. De traje.
En traje ni se fabrican armas ni se hacen trincheras.
Pero se vuelve a casa en un ataúd
con una bandera plegada.

Mientras bombardeaban otros países
La niña de la pancarta
Se acuesta a los pies de mi cama para mirarme mal.

En días como hoy directamente ni me mira.
Ahora siento las bombas más cerca.
Ahora siento su mirada más cerca.
Por haberme creído
mejor
a salvo,
guardada,
protegida.

Por vivir en el primer mundo.

Podría indicarle a alguien que ni me conoce,
donde está mi pin de *non a guerra*.
En el corcho de mi habitación pegado a mi
cama de 90 contra la pared izquierda.
Pero quizás no sepa señalar en el mapa, los
países que me enseñaron que no interesan.
Interesa su petróleo, sus bienes, lo material.
Haberme creído a salvo por tener
dinero y vivir en Europa,
ha sido la peor y más grande enseñanza
de los libros de historia.